

En Santa Marta dispuso el coronel Arrieta, que la columna siguiera el camino del Peñón Viejo, y llegaban á las ocho de la mañana del día 12 frente á la capital; se pidió al jefe de la plaza que mandara establecer un puente provisional frente á la garita de San Lázaro para facilitar la entrada de tan fatigadas tropas. Los habitantes de la capital vieron con asombro, desfilan por la plaza mayor aquellos mil seiscientos hombres de las tres armas, cuando se creía, al llegar Márquez prófugo, que únicamente se había salvado una parte muy reducida de la caballería. La expedición que Márquez había intentado conducir sobre Puebla y que determinó de inevitable manera la inmediata caída de Querétaro, costó desde luego mil doscientos hombres, trece piezas de artillería y porción considerable de municiones.

La derrota de las fuerzas que llevaba sobre Puebla el general Márquez se verificó el 10 de Abril, aniversario de la aceptación del trono por Maximiliano en 1864,

El general Diaz siguió su marcha sobre la capital, con intención de fijar en Tacubaya su cuartel general; pero llamada por el general Escobedo la División de caballería que mandaba Guadarrama, cambió de plan y se estableció en la Villa de Guadalupe, donde recibió algunas proposiciones del Padre Fischer que fueron rechazadas, allí también solicitó la Princesa de Salm--Salm, un pasaporte para ir á Querétaro, [sin que le fuese]concedido; alegaba que su objeto era pedir á Maximiliano que se rindiera y no se tenía confianza en que diesen resultado sus diligencias, de las que por otra parte, no había necesidad estando seguros los republicanos de que la caída de la plaza sitiada era asunto ya de muy poco tiempo.

El golpe recibido por el general Márquez en su retirada desde Huamantla, oscureció singularmente los horizontes del Imperio que tan despejados supusieron sus partidarios por algunos días. Siniestros rumores corrían por la capital, se esperaba ver allí al ejército republicano antes de que se hubiesen hecho preparativos para la defensa; el desaliento invadía á los partidarios del Imperio, á medida que se alentaban los republicanos. Era necesario obedecer y confiar en el general Márquez, Lugarteniente del Imperio, y aunque parecía invisible, todavía esperaban mucho de él por la fama de valiente y entendido militar en que generalmente se le tenía.

Desde que regresó de la derrota en la expedición á Puebla, la conducta de Márquez fué un enigma; pero siendo indispensable obrar con actividad, se prescindió de él.

Los ministros se reunían sin poderse entender; algunos trataron de abandonar la capital, y Vidaurri se retiró disgustado. Para contrariar los rumores procedentes de estos hechos publicó una proclama el general Tabera.

Vuelto en sí Márquez del estupor que le causaron los últimos sucesos, dic-

tó algunas disposiciones; resuelto absolutamente á defenderse dentro de la ciudad, mandó evacuar el día 13 las posiciones dominantes de Guadalupe y Chapultepec, adquiriendo así los republicanos excelentes puntos de apoyo para la línea de circunvalación con que iban á oprimir á México.

El día 14 de Abril estableció el general Porfirio Díaz su cuartel general en la Villa de Guadalupe, después de haber empleado cinco días en perseguir las fuerzas imperialistas que sufrieron tantas pérdidas y estaban desmoralizadas por la derrota. En la Villa se ocupó activamente en todo lo relativo al asedio y ataque de la capital, sirviéndose del camino de fierro para conducir el material de guerra reunido en Puebla, seguro de que la resistencia que harían las fuerzas europeas ofrecería grandes dificultades que vencer; era evidente que el tomar á México decuplicaría la importancia que el general Díaz había ya adquirido como entendido militar. Mandó emisarios para sondear el parecer de los coroneles austriacos, ofreciendo á las tropas extranjeras todas las ventajas posibles, y compatibles con las facultades de que estaba revestido; pero no obtuvo respuesta. Entonces los víveres comenzaban á faltar en el interior de la plaza, alimentándose los vecinos solamente con tortillas de maíz que poco después también faltaron, se carecía de forrajes, siendo preciso desde el 9 de Marzo proyectar salidas para conseguirlos.

En los días en que se ausentó de México el Lugarteniente Márquez, había quedado encargado de las funciones de ministro de Hacienda el general Vidaurri quien procuró desarrollar el plan formado por el ministro Campos, y realizar el uno por ciento que este impuso; pretendió también reglamentar la contribución respecto al tabaco, de la que se esperaban productos fabulosos. Del préstamo impuesto fueron gastados solamente sesenta mil pesos y entregados ciento cincuenta mil á una casa de comercio, para que los situara en Querétaro; cantidad que fué poco después recojida, á causa de la dificultad de hacer la situación. No obstante que dejó de emplearse esa parte del empréstito, se crearon nuevas contribuciones: una relativa á profesiones; otra sobre arrendamientos de fincas repartida entre inquilinos y propietarios, y se restableció la sección de bienes nacionalizados, en cuyo ramo se formó un verdadero caos. O' Horan continuó con el cargo de recaudar los fondos, sosteniéndole el general Márquez; esto motivó que Vidaurri se disgustara más tarde con el Lugarteniente de un modo tan serio, que no volvió al Ministerio, aun después que se reconciliaron.

Desde que el general Vidaurri, ministro de Hacienda y Presidente del Consejo de ministros, se hizo cargo de este puesto, comenzaron sus conflictos según se vé en el acta del Consejo de ministros verificado el 3 de Abril de 1867.(1)

(1) Reuniéronse bajo la presidencia del Ministro Vidaurri, Don José María Lacunza, Don Tomás Murphy, D. José M. Iribarran, el general D. Nicolás de la Portilla, D. Carlos Sanchez Navarro, que era Ministro de la Casa Imperial, y el Subsecretario de Justicia D. Pedro Sánchez Castro, concurrendo también el Director de la sección de bienes nacionalizados.

Manifestó Vidaurri, que tenía orden del Emperador para hacer efectiva la ley relativa al

A la verdad, no eran aquellos los momentos propios para proyectar leyes y ocuparse en revisiones de bienes nacionalizados; pero Vidaurri no esperó dictámenes é impuso un préstamo forzoso para atender á las necesidades más urgentes, socorrer á las tropas que marcharon para Puebla y reunir los 150,000 pesos destinados para auxiliar á Querétaro, cantidad que al fin quedó para el pago de la guarnición de México durante el sitio. No pudiendo adquirir ni los recursos más indispensables, se retiró Vidaurri del ministerio, presentando su renuncia ante el Lugarteniente del Imperio D. Leonardo Márquez el 23 de Abril, esto es cuando ya México contaba once días de sitio.

Mientras que el general Márquez se ocupaba en la expedición sobre Puebla, en la capital había continuado el enganche de extranjeros, llegando á alistarse ciento cincuenta voluntarios que reforzaron el contingente francés; aumentado el número se llegó á formar un escuadrón de caballería, un batallón de infantería y secciones de artillería é ingenieros.

Desde el día siguiente á la llegada de las fuerzas que escaparon del desastre de San Lorenzo, se reunieron en la casa del coronel Kodolich, este y los coroneles Kevenhüller, de los húsares rojos, Wickenburg y Hammerstein, los comandantes Chenet y Klickzing, de la gendarmería, y formaron el proceso moral del general Márquez; decidieron que era humillante servir á las órdenes de un general que abandonaba sus tropas al principio del combate; pero que teniendo necesidad de ellos el Emperador, conservarían sus puestos, bajo el compromiso de ponerse en los momentos de más peligro, á las órdenes del coronel Kodolich, y no entrar, en caso de que la ciudad se rindiera, en ninguna capitulación mexicana, sino que ellos tratarían por su cuenta; y en caso de que esto se les rehusara, se abrirían paso por medio de las armas hasta el mar. Por su parte el general Márquez, en vista de los plenos poderes que tenía, siguió titulándose Lugarteniente del Imperio y ejerciendo las funciones de su empleo.

Los soldados extranjeros que consiguieron salvarse en la derrota, al llegar á México se manifestaban desconfiados de Márquez y demás gefes mexicanos; pero los coroneles Kodolich, Bertrand, Wickenburg, Kevenhüller y Hammerstein, lo mismo que el resto de los oficiales, dieron á entender á sus tropas, que Márquez había hecho bien en regresar primero que ellos, para reparar prontamente las pérdidas; además, el Emperador había encargado á sus tropas europeas

impuesto del quince por ciento sobre el precio de las primitivas adjudicaciones y ventas de fincas. El Sr. Lacunza se opuso al cobro de tal impuesto, considerándolo injusto, obra de una ley retroactiva y que acabaría con la propiedad; propuso que se nombrara una comisión que reformase la ley relativa. Se leyó un proyecto del Sr. Jiménez en favor del cual se declaró Vidaurri. Se suspendió la discusión, quedando nombrado el Sr. Lacunza para que formulara una ley sobre la manera de continuar la revisión de los expedientes relativos á las operaciones de desamortización, debiendo presentar dictamen al tercero día. Se nombró también una comisión que presentaría un proyecto de ley sobre recursos y se acordó que de los fondos del desagüe fueran pagados el Consejo de Estado y los Ministerios excepto los de Hacienda y Guerra.

la defensa de la capital y era preciso defenderla para Maximiliano, sin atender á que tal ó cual jefe mexicano se hubiera mostrado valiente ó débil.

Este comportamiento de los jefes europeos, inspiró confianza entre los imperialistas; el general Tabera expidió una proclama, negando que se tuviera intención de abandonar la capital, según se propalaba.

Los coroneles austriacos quisieron que se reuniera un consejo de guerra para conocer los planes y recursos con que pudiera hacerse la defensa; pero Márquez se rehusó á convocar el consejo y dijo que tenía poder ilimitado del Emperador, que sólo él era responsable de la defensa de México que estaba seguro terminaría de una manera honrosa.

El ministro de la guerra, general Portilla, ante situación tan desastrosa, propuso á los Ministros sus colegas, que Márquez fuese sometido á un consejo de guerra; pero él mismo prescindió de apoyar su proposición por ser irrealizable, pues Márquez disponía de la fuerza armada que estaba en la capital. Vidaurri y Quiroga le exigieron que precipitara sus movimientos, para auxiliar á Querétaro con las pocas tropas que aun le quedaban; pero Márquez no accedió aunque llegaron á proponerle que irían ellos mismos con una sección de caballería, conduciendo cápsulas, plomo y algún dinero de que tanto necesitaban los sitiados, para lo cual Vidaurri entregó á Márquez ciento cincuenta mil pesos con objeto de que los remitiese en libranzas, y al fin se quedaron en la capital para emplearlos en gastos del ejército sitiado también en ella (2)

(2) El general Márquez fué seriamente criticado por la marcha que verificó sobre Puebla y aun se le culpaba de haber procedido constantemente, desde su salida de Querétaro, de una manera opuesta del todo á las instrucciones que recibió del Emperador.

Acercá de este asunto se publicó la comunicación oficial que dirigió á su gobierno el Barón de Lago, representante de Austria en México, fechada el 25 de Junio de 1867 y que decía lo siguiente: "Su Magestad el Emperador había señalado á mí y á mis colegas al General Márquez como el mayor traidor, porque después de su salida de Querétaro había obrado en un sentido enteramente opuesto á las instrucciones recibidas del Emperador; éste manifestó que el General Márquez no tenía autorización para dirigirse sobre Puebla, y que al contrario, recibió órdenes terminantes para regresar á Querétaro con la guarnición de México y el dinero que estaba depositado en esa capital, con el fin de presentar al principal ejército de los liberales una batalla decisiva, cuyo éxito no podía ser dudoso."

El General Márquez contestó á los cargos del Barón de Lago, en un Manifiesto publicado en New-York; dijo que el Barón entendió equivocadamente lo que Maximiliano le dijera; porque los hechos, las instrucciones, las cartas y la última resolución contradecían lo asentado por el citado Barón. Afirmó Don Leonardo Márquez que el Emperador Maximiliano le mandó á México, no para recoger la guarnición y la condujera á Querétaro, sino que, por lo contrario, para que revestido con el carácter de su Lugarteniente, cuidara de la Capital del Imperio, á fin de conservarla para contar con un centro de acción, en caso de que aconteciese en Querétaro un evento desgraciado. Para probar este aserto, afirmó que al partir del lado de Maximiliano, le había dado éste carta blanca para hacer en nombre del Emperador cuanto juzgare necesario á lograr ese fin; refiere Márquez también que se le ordenó que cambiara el Ministerio, y que le entregó los nuevos nombramientos y las cartas relativas al mismo asunto, así como un pliego cerrado que no debía abrir sino en caso de prisión.

Por entonces, ya avanzado el sitio de México, sosteniase la moral de los sitiados con mentidos triunfos y ventajas supuestas del ejército imperial en Querétaro, á la vez que en esta ciudad se verificaba otro tanto respecto de la capital y de Puebla. Entregada la ciudad de México á la voluntad de los generales Márquez y O'Horán, sufrió torturas espantosas; ya tomaba la tropa el carbón del consumo público, utilizándolo en la elaboración de la pólvora; ya sacaba de los graneros el maíz para alimentar los ganados de tiro y silla pertenecientes al ejército. Para calmar á la clase proletaria, amotinada por consecuencia del hambre, la autoridad misma abre las casas de comercio, provoca y facilita el saqueo, cuotiza á los particulares para sostener la guarnición, recluye á muchos en la prisión de Santiago, con centinela de vista, acusándolos de conspiradores, y á los que se niegan á entregar las gruesas sumas impuestas, se les impide en la prisión comer y aun sentarse, ni dormir hasta que exhibieran el dinero; los cargadores y aguadores son obligados á ejecutar trabajos de zapa, á veces bajo la lluvia de proyectiles del enemigo, ó se les encierra en la ciudadela incorporándolos en los batallones.

En tales condiciones la situación de la capital, al comenzar el mes de Mayo, era de las más dolorosas; bloqueada por las tropas republicanas, presa del hambre y á punto de faltarle el agua que escasamente se tomaba de algunos pozos artesianos, subido el precio de los víveres á exorbitante altura, agotados á la vez los recursos de la clase acomodada con préstamos forzosos, reportando el comercio extranjero y los capitalistas una contribución de diez mil pesos diarios, lo que motivó protestas de los ministros extranjeros y la ruptura de sus relaciones con el Lugarteniente del Imperio, no podía ser más desconsolador el estado que guar-

ó muerte del mismo Maximiliano, quien también le previno sacara recursos pecuniarios de la Capital por cuantos medios legales fuera posible y los remitiera á Querétaro, lo mismo que cápsulas y demás artículos de guerra, que pediría á medida que los fueran necesitando. A la vez debía Márquez informar á Maximiliano de lo que ocurriese en México, enviándole correos diarios y por conductos diferentes, para que en vista de las noticias resolviera lo conveniente en cada caso, y comunicara á Márquez las órdenes para obrar de conformidad con ellas.

La dificultad para conocer la verdad en este caso, estriba en la veracidad que merezcan las palabras del General Márquez, desmentidas muchas veces por sus compañeros de armas, según puede verse en el Manifiesto que publicó Don José María Cobos y en los escritos del Sr. Manuel Ramírez Arellano. En carta de Maximiliano comunicada al Ministro de Gobernación Sr. Iribarren el 29 de Abril, (1867) le dice entre otras cosas: "después de haberse sostenido esta plaza con esfuerzos supremos, por no haberla auxiliado Márquez como debía." Interpreta Márquez este reproche de una manera singular, diciendo que si le había mandado Maximiliano que regresara á Querétaro, no pudo haber empleado la palabra *debia*, sino "se le ha ordenado," lo cual es una sutileza que arguye en contra del que la emplea. Por este estilo son las demás razones alegadas por Márquez para probar que no le había mandado Maximiliano que regresara á Querétaro, no obstante que el Jefe de Estado Mayor del Emperador, General Castillo, le comunicó á Márquez el 14 de Abril que fuese á Querétaro, disposición que contraría este Jefe, afirmando que el Emperador había mandado al Ministro Iribarren que á todo trance defendiera la plaza de México, aunque esto no implica que Márquez fuera precisamente quien la debía defender.



Lic. D. Próspero C. Vega.

Defensor del General Tomás Mejía, al terminar el sitio de Querétaro. Con objeto de aprovechar todos los recursos de que disponía la defensa, presentó una declinatoria de jurisdicción y pedimento para que se subsanaran algunas faltas del sumario, y que se corrigiese y reformase la causa. El fiscal declaró que únicamente al Consejo de Guerra pertenecía decidir sobre ese asunto, siendo necesario expedirlo y no entorpecerlo. Vega dijo que quería evitar que los jueces descendieran al papel de acusadores; sostuvo que Mejía jamás atacó á los imperiales, defendiéndose solamente de ellos, y que no reconoció al Imperio sino hasta que lo consideró sostén de la independencia nacional.